

CENTENERA

Noticia autobiográfica

por

PEDRO DE LORENZO

Soy una villa pequeñita. Mi nombre, Centenera. En una vieja guía vienen mis señas: longitud $6^{\circ} 2'3''$, meridiano Greenwich; latitud $39^{\circ} 2'5''$. Junto a las últimas casas, por el Puente Viejo, pasa la calzada romana, a cuatro leguas de Mérida, camino de Zaragoza. Al sur, paralela a la calzada, la carretera, con su Puente Nuevo. De puente a puente, el Ayuela, un regato sediento, con cultivos de marlaria. Cierra el cuadrilátero, al norte, la Calleja de la Villa, que a mi casco urbano lo separa de un alto berrocal. Los edificios se apiñan, a la derecha del arroyo, sobre un cerro ligero; queda la carretera, a ochocientos metros del caserío.

El pasaje en que mi término se asienta es llano, polvoriento, de tierra adusta, de temperaturas extremadas. Siete kilómetros al Oeste, la Sierra de San Pedro. Estoy a un nivel de meseta; el calor me sofoca, y siento frío en cuanto el sol, por la noche, me abandona. Traigo inviernos duros, de heladas que se prolongan hasta Abril, que arrasan los tardíos y mis cosechas diezman. Sufro un verano palúdico y ardoroso. Mi estación de lujos es la otoñada, breve, pero firme, plácida. Las brisas del Oeste rompen contra la Sierra; ahí las nubes bajas se detienen; y los ciclones, remontándose, me acarrean sequías tormentosas, torrenciales aguaceros. Las temperaturas de mi demarcación alcanzan 40° en el estío; descienden a un 2, un 3, positivos, en invierno. Frecuentemente hiela; nevar, no: ¡es tanto mi arbolado!

Gozo fama de pueblecito limpio y alegre. Tengo tres edificios públicos y doscientas viviendas. El agua la sirvo en pozos, de nombres sencillos y explicativos: pozos de las Yervas, de los Mozos, de Alonso, de las Nieves. Puede recorrérsese en calles estrechas y tortuosas, mal urbanizadas; calles que se rotulan del Paso, de los Almendros, del Horno, de Cantarranas...

Entre mis límites se extiende una superficie de casi cinco mil fanegas de marco real; en su mayor parte, pradera con encinas. Mi tempero es seco. El predominio de los lívidos sobre los almágres dice de un suelo formado por areniscas de acarreo, suelto, de buenas tierras centeneras. Un tercio de mi término se lo destina a labores de secano; escaso es mi erial; cuento mil hectáreas en dehesas, con pastizales y arbolado de encina y alcornoque. Esos pastos y montaneras mantienen los rebaños de merino, unas puntas del ca-

brío, mis piaras de porcino y algunas yuntas de ganado mayor, mular y vacuno. Todavía me queda un rinconcito para olivares y viñedo, para la retama y la cancha.

Al oscurecer, pronto, en la campiña verdadera, sobre sus anchas páginas silvestres, verás emerger, prodigioso y rudo, el bosque de mi retamar. Azotado por el aire; con sus bolitas, de aroma denso y amargo. Es el momento en que, al amparo de las retamas, el lebratón se detiene, las orejas tensas, el hocico en alto, temeroso del rocecho; o, poniéndose de manos, ventea el paso de la liebre en celo.

En el reloj de la iglesia acaban de sonar seis campanadas. Las seis de la tarde; y un clima de primavera. El reloj canta sus horas sobre «Laura», la campana chica. ¿Eh? ¿Hay vibración más parlera que la de nuestra campana chica?

Saldrías de casa, calle arriba, hacia el campanario. ¿Las seis? No. Es un poquito más temprano de lo que parece. Pero ya te gustará verlas de nuevo, a tus campanas, oírlas otra vez...

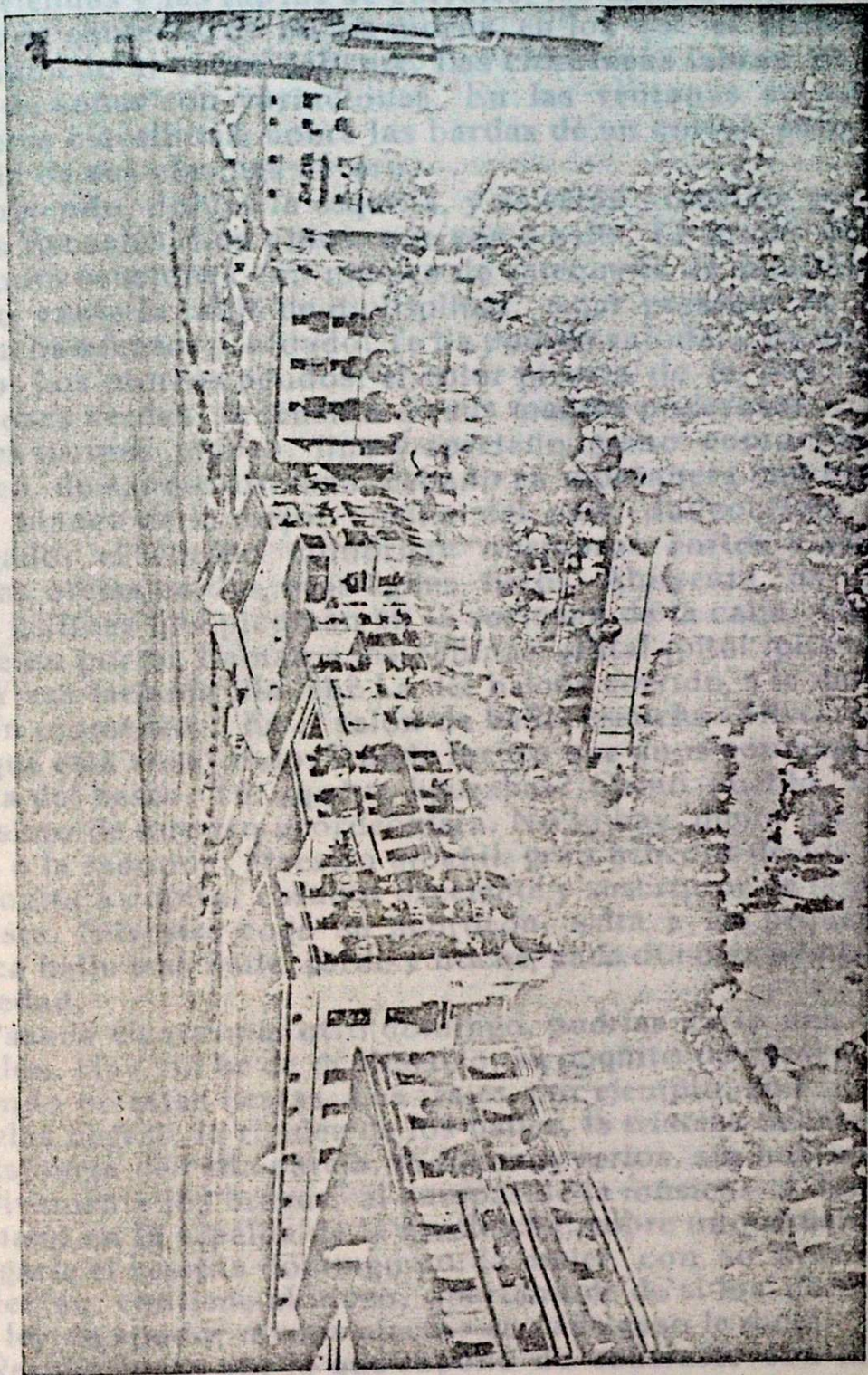
Soy el pueblo más pequeñito del partido. También, la verdad, el de más alta fama en cuanto a gracia y simpatía. Con mi arroyo de dos puentes, una iglesia, una plazuela y la calle principal. Sigues esta calle, y tras de su primer recodo, en un ensanche, aparece el barrio que ahora ves. Luce un sol que apenas si calienta. En muchas casas todavía se encienden los braseros y, al anochecer, las hogueras de encina, bajo las chimeneas.

El barrio está en su momento. No tardarán en pasar, como todos los días, los señores, hacia la carretera. Los notables: párroco, maestro, médico, y el cabo, comandante militar de mi cantón.

Ahí, en la resolana. Mira ese grupo de vecinas, peinándose al sol: los largos cabellos, de un negror que azulea, destellan como espejos con luto, derramados y bruñidos por la magia de unas fricciones de aceite virgen de olivas. Es alta la mujer extremeña, magra y morena, de un tostado cobrizo mate, con su belleza triste de lejías, los ojos garzos, la voz quebrada y cordial. Trae la cabeza pequeña, alargado el cuello, firmemente esculpido; enjoyada de gargantillas y pendientes de pesados aros. Su ideal de hombre es este de frente estrecha, mirada hundida y fija, boca sutil, nariz semítica, pómulos salientes, orejas despegadas; la dentadura irregular, fuerte, crecida, curada por el humo del tabaco. Silencioso, áspero, de irrevocables decisiones, tardías, confusas de expresión, a menudo imprevisitas, bruscas casi siempre.

En el barrio hay una casa, de dos puertas; la de servicio, forrada de lata. En esta casa vivió don Pedro, un viejo capitán, empobrecido, acorralado por la soledad. Son todavía famosos los raptos de su ira. Sí, tantas cosas tengo que contarte...

Ahora subes por la calle de la Iglesia. Las casas están bien construidas, a cal y canto. Ya casi todas se levantan de dos pisos: los bajos, de bóveda de rosca, y el sobrado a tejavana. ¡Qué primor, estas calles! Calles con campo, con sus hierbas menuditas entre los gu...



CÁCERES: La Coronación de la Virgen de la Montaña en nuestra Plaza Mayor,
el día 12 de Octubre de 1924

jos, lisos, rodados, de lecho de río. Calles formadas tan caprichosamente... Sus casas muestran unas fachadas nítidas, unos tejados rojos, unos vivos de intenso añil, en zócalos y cornisas. Se suceden las viviendas y las tapias de corrales, las casitas encaladas y las casonas de cantería, de recios muros, en los que el granito pasa del gris húmedo al cobre caliente. Las chimeneas labran en el azul un tema de soñar con variaciones. En las ventanas se encienden las primeras clavellinas; sobre las bardas de un corral, pone el gallo la alegría de sus clarines de oro.

Subiendo, doblas la esquina, y ya estás aturrido por los coros de las Escuelas. Los niños, que van a salir. El grado de iniciación salmodia oraciones con música de catequesis de suburbio; el grado medio canta la tabla de multiplicar. Aquí presenta la calle cierto ensanchamiento. ¡Cuidado! Te ha podido enlodar... Es un cerdo magnífico. Los morros agudos, el color pizarra de la piel, de negras y vigorosas cerdas; la tensión de sus magros poderosos... No hay jamones de más jugoso, fino y apretado grano como los del cerdo ibérico, de sangre africana, cebado en montanera con bellota de corona blanca de la mejor encina del país: dolococéfalo, de hocico alargado; el cuerpo cilíndrico: miembros cortos y estilizado rabo; las orejas caídas, ojos ágiles, fieros. Ahuyenta, de un gruñido, a las gallinas que picotean en la suciedad de la calle. Desde el fondo de un portal, llaman a las gallinas: ¡Pita! ¡pita! ¡pita! ¡pita!

¿Y esa fachada lila, eh? La del balcón corrido, a la derecha...

Un momento... Es el salón de baile: escucha. Silvestre, el músico, que está ensayando. Y nada menos que unos compases de «La leyenda del beso». Tú, ¿qué te figurabas? Como pueblo, estoy orgulloso de nuestro acordeonista. No lo hay mejor en muchas leguas a la redonda. Maestro albañil, gran bebedor de los de a chupito, copita a copita, cazador excelente y suscriptor de la prensa progresista, Silvestre coge su acordeón, salta a un pequeño tablado y toca baile tras baile, tarde y noche, cada día más admirado por la mocedad.

Pasada Cuaresma, otro domingo, podrías darte una vuelta, ver el salón. Hay, no he de ocultártelo, su poquito de carácter tétrico en el fondo de estas fiestas. Los trajes, por ejemplo, con su dominante de telas negras; la rigidez de los bailes, la tristeza de las canciones, la distancia de cada pareja, todos muy serios, sin hablarse, moviendo vivamente los brazos, al compás de la música: el hombre pone su mano en la espalda de la muchacha, sobre un pañuelito, para no pringarle el vestido dominguero; la mujer, con su brazo izquierdo en flexión, contiene al mozo, apartándole de sí los decímetros que una ley de «pudor menos afecto» en cada caso le dicta.

Resulta fiesta por lo que supone de contraste con las miserias cotidianas. Es una embriaguez de gozo colectivo, patética, instantáneamente mitigadora de la realidad. Se le da brillo a la vida, desolada, a la depresión, al descontento de sí. Sólo que es un brillo tan negro...

Sigues, en fin, costanilla arriba; tuerces; unos pasos más y te

llegarías al atrio. Pero no. Desearía que reparases ahí, en ese case-
rón. Una carretería, la carretería de Alonso. Ya te lo habrán adver-
tido las carretas en compostura, los carros volcados junto al portal.
Siempre hay alguna pieza suelta, alguna rueda adosada a la pared.

Acércate. Alonso es cordial. Construye y repara carros, carretas.
Debe de andar por la cincuentena. Su complexión parece ruda, y sus
maneras, esopntáneas, más bien denotan un sentimiento de elemen-
tal bondad. Tuvo, de joven, propensión a tocar la bandurria; pero
sus ojos, emboscados; sus dedos, pesados y lentos, eran lo menos
apto para la musicalia y su vibrante ejecución.

El taller de Alonso ocupa ese corral, alongado y pendiente. Al
fondo, techado con escobones, está el pequeño cobertizo, para el
torno, los bancos, las azuelas, serruchos, mazos, escoplos, todo el
herramientaje, a resguardo del sol y de las lluvias. Desparramadas
por el corral, de enguijados desniveles, mil piezas de carros, de zo-
rras, de carretones, de arados, de carretas: las rejas de las ruedas,
los verdugos de madera blanda con los que el carro cantará más, la
caja, los yugos, lanzas, ejes, cambones, bolsas, puentes, camellas,
adrales, pernales, barjuletas. —

Alonso da los últimos toques; mira y remira el carro: relija el
tentemozo, afirma las retrancas, prueba la tensión de las galgas,
aprieta la clavija, las palomillas, los balancines; repasa las calzadoras,
la estrangadera, la travesa, los teleros, los varaes, la estaca-
dura, el pértigo...

Y a calzar. En medio del astillero, sobre un ruedo de lumbre, es-
tá, ensanchándose, la llanta. Al rojo. Al blanco. No hay sino trans-
portarla, con gruesas estacas, y montar en la rueda. Todo a punto:
las pinas, los camones; la estrella, con sus rayos de corazón de en-
cina; el cubo y los bujes, de templado metal. ¡Ahora! Al enfriarse,
el calce se ciñe, se ajusta a la madera, que humea y chirría. Pero
¡qué firmes relejes en los montes y en las cañadas!

Es confortante, el concierto de los olores en la carretería: el olor
de la cola, del escaso serrín, de las anchas túrdigas de los tablones,
de tan variada especie vegetal.

Anochece. Alonso deja su tarea. Se echa una pequeña garlopa al
hombro; se llega a la puerta falsa; puertecita que comunica la casa
con el astillero. En los poyos, de fábrica, se sienta; bajo el emparra-
do, de vid castellana, que Luisi, la hija de Alonso, plantó. Luisi le
da una hogaza de pan prieto. Y Alonso, con el cepillo, en unos mi-
nutos, corta las sopas. Unos tomates, una escudilla de aceitunas, y
ya tienes la cena de los dos.

Entre el cobertizo y el parral, con las primeras sombras, fulgen
los rescoldos de la hoguera. El agua cuece, y, entretanto, Luisi se
nos asoma al portón. Si te llegases... Es el momento. Ea, ve a salu-
darla.

Voces lejanas se mezclan y confunden en mi pasado de pueblo
pequeñito, alegre. Años atrás, muchos años, en este mismo rincón.

a esta misma hora, tus padres se conocían, se saludaban. No me parecían tan oscuras las piedras de esa pared. Alonso era entonces un zagal. No se calzaban las ruedas de los carros.

«¿Te quedarás?—le suplicó ella—La tierra es buena, la familia. La viña te necesita».

«Yo nunca saldré de aquí»—pensó Luisi, al verte.

«La viña, la familia»,—explicaba tu padre a los amigos de la capital.

«No, no, no, Luisi»,—dijiste—. Y horas después te encontrabas, sin tierra, sin muertos, te alejabas, en el tren.

Entonces comprendí yo, pobre aldea, comprendí que en mis viveros se había conseguido el primer ejemplar fuerte, «trasplantable», de toda una generación.

Envío.— A Jesús Delgado Valhondo, estas «costumbres de provincia».

A mi madre

Hace ya tiempo, madre, que te fuiste,
y aún mis ojos te ven desvanecida,
al volar de esta vida a la otra vida,
entre los que doliente bendijiste.

Parece que fué ayer cuando partiste,
tan desgarrada y fresca está la herida,
que en la triste y eterna despedida
a mi angustiado corazón hiciste.

Quiero reír para ocultar mi pena
porque no sepan lo que estoy sufriendo
cuando mi corazón está llorando.

¡Y por la noche, de misterios llena,
contigo sueño cuando estoy durmiendo
y te beso amoroso suspirando!

FRANCISCO PEDRERA CORTES